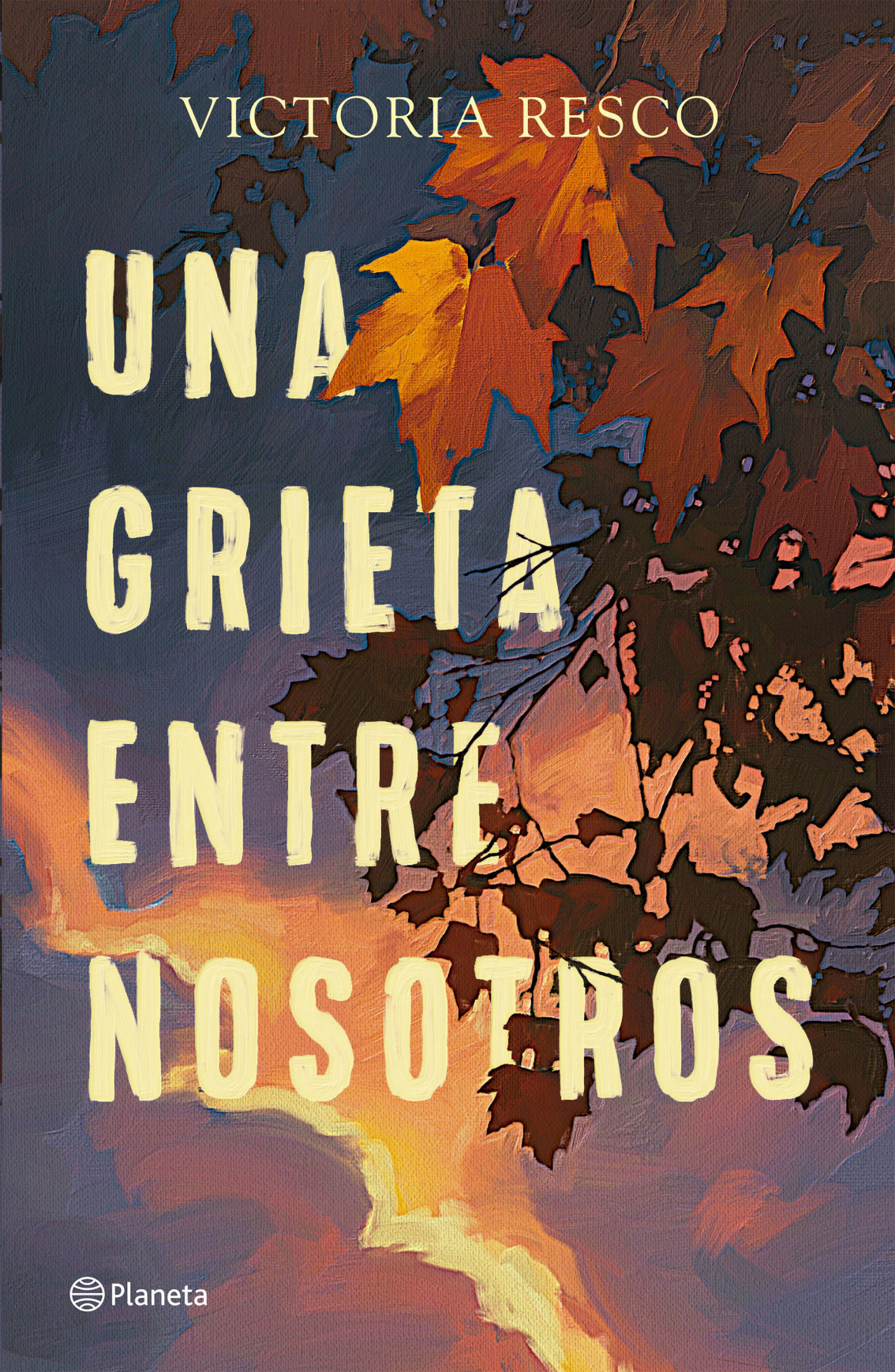




VICTORIA RESCO

UNA
GRIETA
ENTRE
NOSOTROS

VICTORIA RESCO

UNA
GRIETA
ENTRE
NOSOTROS

CORAZÓN 1: BETTY

*“And when I felt like I was an old cardigan
Under someone’s bed
You put me on and said I was your favorite”.*
Cardigan, Taylor Swift

Tropezó. Y nada fue en cámara lenta como en las películas. Un segundo corría y al siguiente estaba en el piso, le ardían las manos, las rodillas y los ojos. Le ardían *tanto* los ojos que no podía abrirlos. No *quería* abrirlos. Se negaba completa y absolutamente a volver a ver el mundo real. Se refugió en esa oscuridad. Pudiera haberse quedado toda la vida ocultándose tras sus párpados, pero sabía que era inevitable y

que, cuando abriera los ojos, se enfrentaría a lo que siempre había temido: por primera vez en su vida, se encontraría verdadera e indiscutiblemente sola.

Había dejado todo de lado por él. Había dejado a todos de lado por él. ¿Para qué necesitaba al resto del mundo cuando tenía a James Detroit? La amaba; la amaba de esa manera en la que se ama en las películas. La amaba con todas las letras y en todos los idiomas. Hasta que no la amó más. Y su amor pasó a ser otra lengua muerta, repleta de sonidos bonitos que carecían de sentido.

James Detroit se fue sin decir una sola palabra.

Desapareció.

Y lo hizo tan pero tan de a poco que Betty no lo notó hasta que fue demasiado tarde. Hasta que salió a correr esa tarde sola y se dio cuenta que era la primera vez en años que corría sin él. Cada kilómetro que hacía lo anunciaba en voz alta; cada vez que veía un departamento con balconcitos llenos de flores, lo apuntaba y miraba al vacío a su izquierda, esperando encontrar sus ojos grises. Pero James no estaba allí para animarla —*queda poco, podemos ir más rápido*—, ni para sonreírle y decirle que podrían vivir en un lugar así algún día. James no estaba allí.

Betty tropezó. Con una rama en el camino. Con la verdad.

Y se negó a abrir los ojos, pero lo vio con más claridad que nunca.

James. No. Estaba. Allí.



El cuerpo humano es un recipiente pequeño, pero sabio. Existe un fino equilibrio entre todas esas reacciones químicas que le permiten subsistir y una compensación sutil para cada cambio en esas reacciones: el cansancio después de un golpe de dopamina, la necesidad de un chocolate después de una decepción. El cuerpo sabe qué pedirte y a dónde mandarte para volver a tu eje.

Pero, para Betty, no había nada a lo que volver porque todo lo que su cuerpo le decía —cada mañana, cada noche, cada segundo del día— era que tenía que volver a James, incluso ahora que este dolor insoportable venía de escuchar que no podría hacerlo. Que él no quería que lo hiciera. Él no la necesitaba.

—En una fiesta. No sé de quién era la casa pero los vi en una esquina. Un asco. Y te digo que no te mereces algo así. Nadie se merece algo así. Me rompe

el corazón —Betty podía escuchar la sonrisa en el tono de su amiga—. Te juro que yo siempre supe que era de esos chicos. Pero ¿cómo te lo iba a decir? ¡Si estabas tan contenta con él!

En efecto, Inez se lo había sugerido varias veces. Tal vez no con esas palabras, pero siempre encontraba la forma de deslizarse un comentario sobre lo difícil que era entender la relación de Betty y James. Sobre cómo lo miraban otras y sobre cómo un chico como él debía de ser difícil de conformar. ¿Y qué podía responder a esos comentarios? Si todo lo decía con esa sonrisa llena de metal y ese aire ligero, casi como si fuera chiste. Betty elegía el silencio y buscaba algo que le permitiera desconectarse de las palabras de Inez. Esta vez, mientras caminaban, Betty contaba adoquines con la vista baja. *Ciento dos, charco, ciento tres, ciento cuatro, ciento cinco, charco.*

Llovía a cántaros. Las gotas contra su paraguas y la voz de Inez tenían la misma fuerza de destrucción.

—... así. Ni siquiera sé cómo se contuvo tanto tiempo. O por ahí no se contenía. ¡Sería horrible! Él es horrible. ¿Y si todos estos años estuvo con otras chicas? Betty. Por Dios, amiga. Me destruye.

Por Dios.

Las palabras hicieron eco en la cabeza de Betty. Inez no creía en Dios.

¿Cuánto pesa el nombre de Dios en boca de un ateo?

Recordó todas las veces que James había dicho su nombre. ¿Había significado algo en sus labios o no era más que un decir? ¿Había creído en ella o era pura costumbre? Jamás se lo había cuestionado, jamás había cuestionado a James. Porque él era... era *James*. Era dulce y atento, y la hacía sentir como si todas las chicas que lo miraban en el mundo no existieran porque él solo sonreía para ella. Él la amaba.

Inez tenía que estar mintiendo. Él la amaba y jamás le haría algo así. Él le había dicho que la amaba y le había dicho que no le mentiría, entonces, ¿por qué le haría algo así? ¿Por qué estaría en una fiesta besando a otra chica cuando hacía dos semanas que ellos no se veían ni se hablaban? ¿Por qué habría estado en una fiesta si las odiaba y le daba vergüenza bailar? Tenía que ser mentira. Él la *amaba*.

¿Te hubiera dejado plantada la noche del baile si te amara?

Podría jurar que la pregunta la hizo ella en su cabeza pero tenía la voz de Inez. Inez, que seguía y seguía —y seguiría— hablando. Betty empezaba a creer que

sería capaz de volver loco a un sordo. La hacía perder la cuenta de los adoquines. Ciento cuarenta y seis adoquines. Eso era lo que estaba durando esa conversación y Betty quería tomar a Inez por los hombros y gritarle que se calle. Quería decirle que su voz la lastimaba, que le dolía. Luego revolvería su paraguas contra la pared del edificio más cercano y gritaría a todo pulmón. La lluvia la empaparía y se tragaría su grito, pero ella sería libre. Libre de Inez, libre del lastre que llevaba dentro de su pecho y que la hundía en el piso con cada paso que daba.

A pesar de esas increíbles ganas de terminar con todo, lo que Betty quería daba igual. Nunca le diría a Inez que se callara. Nunca le diría que no quería volver a verla. Nunca le diría que sólo la había invitado para verse porque había salido a correr esta mañana y se había sentido más sola que nunca. Nunca le diría que hacía dos semanas que no sabía nada de James y que se sentía una idiota porque le daba vergüenza llamar a su propio novio, con quien había estado los últimos dos años, para preguntar qué pasaba. No diría nada jamás, porque ¿y si Inez no mentía? ¿Si James había estado con otra chica en una fiesta y Betty se estaba enterando recién ahora, días más tarde? ¿Qué decía eso

de ella? La vergüenza se le clavaba como puñales detrás de los ojos.

Sólo tenía que aguantar. Sólo tenía que seguir contando adoquines dos cuadras más, hasta llegar a su casa. Si sobrevivía el resto del trayecto, podría sacarse el estúpido cárdigan que a James tanto le gustaba. Podría meterlo en una bolsa de basura junto a las fotos de su mesa de luz, las que tenía bordeando su espejo y las decenas de regalos de aniversarios que guardaba bajo la cama. Pero debía llegar a casa y para eso debía no llorar delante de Inez.

Pero era una tarea desgarradora cuando la chica a su lado destellaba felicidad por cada uno de sus poros. Ese era el principal motivo por el que Inez no era amiga de nadie y nadie era amigo de Inez, pero también el motivo por el cual nunca la encontrarías sola. Le gustaban los chismes —tanto obtenerlos como divulgarlos— pero Betty siempre había sospechado que, más que nada, le gustaba la idea de tener razón.

Por eso los chismes de Inez eran buscados: al final del día, dejaban de ser chisme y se probaban verdad.

James solía decir que no era así, que a Inez le gustaba inventarse cosas que *parecían* verdad para parecer interesante, para que la gente tuviera un motivo

por el cual acercarse a ella, dado que su personalidad no entraba en esos motivos. Betty empezaba a creer que tal vez James lo había estado diciendo para cubrirse las espaldas en caso de que algo así sucediera.

Pero no podía ser así. Le había jurado que no le haría daño, que no era ese tipo de chico. Se lo había prometido. Él nunca hubiese planeado algo tan mórbido y calculador. Nunca. Inez tenía que estar mintiendo.

Eso se dijo una y otra vez. Eran mentiras.

Mentiras, mentiras, mentiras.

Muchas mentiras bien mentidas y con sabor a verdad. Mentiras que se apoyaban en hechos que coincidían con la realidad, mentiras que casualmente coincidían con cosas que solamente Betty y James sabían, y que Inez seguramente había adivinado por pura casualidad.

Se alegró de perder la cuenta de los adoquines justo al llegar a su puerta. Contuvo un suspiro, temerosa de que su falsa fortaleza la traicionara convirtiéndose en un lloriqueo, y sólo entonces enfrentó a Inez.

Bajita, con unos frenos metálicos que ocultaban casi completamente sus dientes y bonita en esa manera extraña que hacía que los chicos se pararan a cuestionarse si valía la pena o no intentar ir a por ella. James siempre

había dicho que era *ese* tipo de chica que valía la pena hasta que abría la boca. Pero James era ácido, burlón y un poco demasiado suelto de lengua. Y a Betty le encantaba. Porque decía lo que pensaba, porque era osado y hacía que las cosas parecieran sencillas, un sueño al alcance de tus manos.

Excepto porque hacía semanas que James no decía mucho y complicaba todo. Tenía excusas de sobra y ausencias prolongadas, menos chistes y más silencio.

Y era imposible no creerle a Inez cuando Betty lo había visto ir desapareciendo gradualmente desde el baile.

Últimamente tenía miedo. Cada vez que lo veía pensaba que podría no volverlo a ver. No entendía qué le pasaba, qué había cambiado. Ella lo había perdonado por dejarla plantada en el baile, ¿no? Borrón y cuenta nueva. Betty no había necesitado que él le diera ninguna explicación y él no se la había dado. Ahora quería todas las explicaciones del mundo. Quería hacer todas esas preguntas que se le habían atorado en la garganta, quería ser cualquier persona menos ella misma. Tal vez si no hubiera sido ella misma no hubiera tenido tanto miedo a perderlo y no lo habría perdido.

Ahora, Betty se preguntaba si *podría* volver a verlo. Se preguntaba si *quería* una última oportunidad de verle la cara, de escupírsela y gritarle hasta desgarrarse las cuerdas vocales, hasta que el mundo se agrietara bajo sus pies y la dejara caer.

Desde luego, de verlo, Betty ni siquiera estaba segura de que fuera a sobrevivir. Todo por culpa de Inez.

Betty habría perdonado la ausencia de James, habría perdonado su silencio, los mensajes que no le respondía hacía días y las llamadas que no atendió. Pero, ¿cómo podía perdonar que hubiera habido alguien más? Las manos le temblaban de solo pensarlo, su labio inferior se abría para inhalar porque el golpe de esa verdad le quitaba el aire y... ¿por qué sería culpa de Inez? Solo era mensajera. Culpables había uno. ¿O tal vez dos? Pero viéndola sonreír con esa amplitud, con los ojos delineados a la perfección y su indiferencia ante cualquier pena o dolor, Betty supo que no quería pasar un solo segundo más en compañía de alguien así.

No quería compañía de nadie.

O sí.

Pero James probablemente ya estuviera acompañado, aunque fuera *su* novio. O lo hubiese sido. James

estaría acompañado mientras Betty pensaba en que era el único al que quería ver.

La cuestión fue que con lo poco que quedaba de ella dio media vuelta y sin siquiera despedirse, subió al trote los escaloncitos del porche. Quería poner toda la distancia del mundo entre esa chica —la persona que le había arrancado la venda de los ojos con tal brutalidad, tanta hambre de sangre, que casi la decapitó en el proceso— y ella.

Todavía no había introducido la llave en la cerradura y ya lloraba. Lloraba como si el agua pudiese lavar todos los males al escurrirse por sus mejillas. Lloraba como si creyera a Inez.

Lloraba como si se hubiese agotado de que le mintieran y de mentirse. Porque, posiblemente, era así.

